

buena que ignora en esta la conchada se
resorta al espíritu de un hombre que pa-
ra saber sido empalabrado en el tiempo
nada y a un espíritu se dio sepultura
con las hebras formidables.



BUONDELMONTI.

El tiempo a que se refiere esta
nueva narración, o sea a priori
había en Florencia una gran
una joven llamada Maria, perteneciente a la
suja nobleza de los Amici. Dándole dado un
pública educación hasta cierta punto, su-
na a su época, pues Florencia disfruta en-
de un carácter el esplendor y la fama que
mas tarde cayó, y que se hicieron tan
símbolo como el símbolo de la civilización
y de las artes. Pero al ser en la época
de la cultura se ve en ella un gran
de la cultura se ve en ella un gran
de la cultura se ve en ella un gran



I

EN el tiempo á que va á referirse nuestra narración, ó sea á principios del año de 1215, cautivaba en Florencia las voluntades y los corazones una joven llamada María, perteneciente á la casa noble de los Amidei. Habíanle dado sus padres educación hasta cierto punto superior á su época, pues Florencia distaba mucho de alcanzar el esplendor y la fama que más tarde conquistó y que la hicieron considerar como el emporio de la civilización y de las artes. Pero si las cualidades que el mundo aprecia más comunmente habían atraído sobre María Amidei la atención y el aprecio generales, su excelente corazón daba todavía mayor realce á su belleza. Caritativa con los pobres, amorosa con su fa-

milia, religiosa por excelencia y dotada de un espíritu elevado, la posesión de su corazón y de su mano era considerada como la suprema felicidad por los jóvenes florentinos, y muchos de ellos trataron, en vano, de hacer á María partícipe de sus amorosos sentimientos.

Las pretensiones matrimoniales habían sido desechadas una tras otra por el padre de María, noble anciano que pertenecía al partido de los gibelinos y que para despedir á los amantes consultaba la voluntad de su hija única, cuando con análoga pretensión se presentó Buondelmonti, noble güelfo de la llanura superior del Arno, y que se había recientemente hecho ciudadano de Florencia, desde que conoció á María. Cierta mañana esta joven, al salir del templo, detuvo casualmente sus miradas en Buondelmonti, sintió una emoción inexplicable, bajó le vista y sus mejillas se cubrieron de súbito rubor. María contaba diez y ocho años, y aquel hombre era el mismo que su imaginación le presentaba en sueños, noche con noche, como digno de su amor. Buondelmonti, que tenía sus humos de libertino, al notar la turbación de María, creyó haber

hecho una conquista, ofreció agua bendita á la desconocida, vióla con interés, siguióla hasta su casa, situada cerca del Ponte-Vechio, y notó que al entrar volvió la joven el rostro á mirarle, brillando sus ojos al través del velo que la cubría. Buondelmonti siguióse paseando por la calle aquel día y los siguientes, sin que se abrieran para él las espesas celosías de la casa de los Amidei. Irritado su orgullo por la aparente indiferencia de la joven, y sabedor de su alto linaje y buenas dotes, se presentó pidiéndola en matrimonio.

Fué aquel un día muy triste para la descendiente de los Amidei. Buondelmonti, viniendo su natural arrogancia, se humilló ante el viejo gibelino pidiéndole la mano de su hija, y ésta, oculta tras un tapiz, oyó la áspera contestación de su padre. “No cederé—dijo Amidei—el único tesoro de mi corazón á un antiguo enemigo de mi familia.” Cuando Buondelmonti se retiró, salió María con los ojos llorosos y se echó en los brazos de su padre.

—¿Le amas acaso? preguntó con enojo el anciano.

—Le amo con todo mi corazón, padre mío,

Al oír esto, dióse Amidei una palmada en la frente; desprendióse de los brazos de su hija, pronoució esta sola palabra: “nunca,” y corrió á encerrarse en su gabinete.

Pasaron algunos meses y la calma pareció restablecerse en la casa de Amidei; pero María se desmejoraba visiblemente. A su humor alegre y jovial sucedió una melancolía que puso en alarma al anciano. En las mejillas de María la palidez del lirio había reemplazado al color de la rosa; fué ella poco á poco retirando de las diversiones y de toda sociedad: á la palidez del lirio sucedió, á su vez, el rojo amoratado que aparece obstinadamente en los pómulos del rostro de las enfermas del pecho; sufría con frecuencia sacudimientos nerviosos, y en una alegre mañana de Marzo, María, que desde su cama escuchaba el canto de los pájaros y aspiraba el perfume de las flores de su ventana, no pudo levantarse, y, al irle á besar la frente el padre, pronoució esas terribles palabras que nos parten el corazón al salir de unos labios queridos: “Estoy mala, muy mala.”

Amidei llamó á uno de los médicos más

háviles de Florencia. Los médicos de entonces, lo mismo que los de ahora, reconocían la lengua y el pulso. El médico florentino movió la cabeza con aire de duda y pronoució un largo discurso, salpicado de voces técnicas, que no comprendió Amidei: en seguida recetó y se despidió prometiendo volver en la tarde; pero, no bien hubo salido, cuando Amidei hizo pedazos la receta, y, dirigiéndose á sus criados, exclamó con voz de trueno: “Llamen á Buondelmonti.”

Al oír estas palabras, María se incorporó súbitamente en su lecho, extendiendo las manos hacia adelante. Buondelmonti no había cesado de pasearse frente á las ventanas de María: cuando ésta oyó sus pasos en la pieza inmediata, su emoción fué tan grande que la privó de sentido.

—¿La amáis bien? ¿Os comprometéis á hacerla feliz toda la vida?—preguntó Amidei á Buondelmonti cuando éste apareció en lo interior de la alcoba, y señalando á su hija desmayada en el lecho.

Buondelmonti, conociendo la severidad del anciano, creyó por un momento que sus palabras eran irónicas y que María estaba

muerta: estremeci6se de pies á cabeza, y sin hacer caso del anciano, arrodill6se á un lado de la cama, exclamando con acento agitado: “María, María.”

Oyendo confusamente aquel metal de voz, sólo escuchado por ella una vez en el templo, entre los suspiros del 6rgano, María volvió en sí y tendió su diestra á Buondelmonti. Sus ojos volvieron á derramar lágrimas y sns mejillas á teñirse de carmín; pero aquellas lágrimas eran de felicidad, no de dolor, y aquel carmín era el de la alegría y la salud. La crisis se había efectuado, y la joven estaba salvada. Amidei sabía más de medicina que todos los médicos de Florencia.

Mientras los amantes, sin hablarse palabra, se entregaban á todos los trasportes del júbilo más vivo, Amidei se paseaba á lo largo del aposento.

—Se aman—dijo entre dientes— y se aman bien. ¡Que sean, pues felices! Mañana, luego que esto llegue á saberse, me despreciarán los nobles de mi partido, me tacharán de desleal. No importa: antes que mi partido y que mi patria, es mi hija. ¡Pobre hija mía, que ibas á morir!

El casamiento de Buondelmonti y María quedó arreglado definitivamente para los primeros días de Abril, cuando la naturaleza se adorna con todas las galas de la estación primaveral.

II

Hasta los días á que nos referimos, la Toscana se había conservado ajena á los desastres que los bandos políticos conocidos bajo las denominaciones de güelfos y gibelinos, causaban á la mayor parte de la Italia. Sabida es la constancia infatigable con que casi todas las ciudades, y á la cabeza de ellas Milán, depositaria de la corona de hierro del lombardo, lucharon por espacio de más de treinta años para conquistar su libertad. Reducidas á escombros por Federico Barbaroja, renacían por sí mismas en virtud del esfuerzo y patriotismo de sus hijos, y aquel emperador en los últimos días de su vida y antes de que fuese á morir en Oriente con la mira de libertar el sepulcro de Cristo, tuvo que otorgar su independencia á las ciudades italianas por medio de la paz de Constanza, respetada mucho tiempo

de parte de los príncipes alemanes. Pero como resultado de esa misma independencia, los nobles italianos, que dependían directamente del Imperio, se hallaron aislados en sus castillos feudales y privados de vasallos y de riquezas. La Iglesia había sido propicia á la libertad de Italia, y muchos de esos nobles, ora obedeciendo á sus simpatías personales, ora por acomodarse á las circunstancias, abrazaron la causa de la libertad y de la Iglesia, denominándose güelfos, al mismo tiempo que otros nobles que en un principio batallaron en favor de Federico Barbaroja, y que posteriormente conservábanse adictos al Imperio, fueron designados con el nombre de gibelinos. Cuando Inocencio III robusteció la independencia de Italia y contribuyó al rápido adelanto de sus ya populosas ciudades, la mayor parte de los nobles, deseosos de participar del desempeño de los cargos públicos y de conquistar por este medio nueva influencia que los indemnizase de la pérdida de su antiguo poderío, fueron abandonando los campos y estableciéndose en las ciudades. Florencia ocupaba ya entre éstas un lugar distinguido, y, no obstante la he-

terogeneidad de ideas de los nobles que diariamente acudían á aumentar su vecindario, la paz pública no se turbaba en lo más mínimo, contentándose los antiguos partidarios con detestarse mutuamente en silencio.

Hemos entrado en estos detalles para que se conozca bien la situación respectiva de Amidei, noble señor gibelino, y Buondelmonti, descendiente de una familia de güelfos, y antiguo habitante de la llanura superior del Arno.

III

En cuanto al segundo de dichos personajes, sus instintos y su educación le hacían incapaz de apreciar debidamente el mérito de María Amidei y de labrar su dicha. Hay almas que no han nacido para amar, y á quienes pueden conmovér la vanidad, la fuerza, la belleza material, la riqueza; pero no las santas y misteriosas dotes de un corazón como el de María. Mucho se ha hablado de las señales exteriores que en la gran familia humana distinguen á los descendientes de Caín; pero, en mi concepto,

la maldición impuesta por Dios á la generación del primer asesino consistió en hacer que sus almas fuesen incapaces de amar, y por consiguiente, de abrigar la fe y la esperanza. Diariamente en el trato común de la vida nos hallamos con personas á quienes no tendríamos empacho en clasificar entre la familia de los bípedos irracionales, y quienes, sin embargo, imitan perfectamente los modales y sentimientos de la parte más noble de la creación, y hasta el refinamiento de la buena sociedad. Buondelmonti, por desgracia, pertenecía al número de estos seres.

Vió á María Amidei en una iglesia de Florencia; su amor propio se sintió estimulado por el súbito rubor y la turbación de la joven, é hizo punto de honor su conquista. La vanidad le indujo á creer que la amaba, y le prestó el idioma y las apariencias del amor verdadero. Hízose, como ya dijimos, ciudadano de Florencia, pidió la mano de María, fuéle duramente negada: esto bastó á afirmarle en su propósito y aun recorría tenazmente la calle de Amidei cuando fué llamado é introducido á la casa por los criados del noble. Seríamos injus-

tos, sin embargo, si negásemos á Buondelmonti la posesión de algunas buenas cualidades. Nadie en Florencia se había atrevido á dudar de su valor, suficientemente acreditado en las últimas guerras contra el Imperio: su espada había brillado muchas veces en las puertas de Milán en defensa de la libertad, y uno de los generales más acreditados del ejército de Barbaroja perdió la vida á sus manos, después de haberse batido con él cuerpo á cuerpo en presencia de ambas huestes. El carácter mismo que le había impreso su vida aventurera, le hacía ser generoso con los pobres y los desvalidos, y daba á su persona, dotada de belleza varonil, aquel aspecto simpático que granjea en las demás gentes un cariño superficial y facilita el trato de la sociedad en que se vive.

Los primeros días de Abril se aproximaban, y Buondelmonti hacía los preparativos necesarios á su matrimonio, cuyo proyecto había sido solemnemente comunicado por Amidei á las familias nobles por amistad ó parentesco relacionadas con él. En las frías respuestas y la insustancialidad de los votos formados por la felicidad de la

novia, conoció el anciano que se había enajenado el afecto de sus parientes y parciales, admitiendo á un güelfo como Buondelmonti en el seno de su familia. Preocupábase, sin embargo, la felicidad de su hija, y ante esa felicidad seguía firmemente resuelto á sacrificarlo todo.

Tenía Buondelmonti entrada franca en la casa de los Amidei, y ssto no obstante, las horas que no pasaba al lado de María, las empleaba en pasearse frente á sus ventanas, cuyas espesas celosías se abrían ahora de vez en cuando para dar salida á una cabeza de ángel que se inclinaba hacia la calle, siguiendo con la vista la marcha del joven. Cierta mañana Buondelmonti halló á María más tierna y afectuosa que nunca; pero había un sello de tristeza en su frente y en sus miradas: el joven trató de averiguar la causa y María se echó á llorar. Presto se repuso, con todo, y trató de tranquilizar á Buondelmonti.

—Me irrito yo misma contra mi naturaleza, dijo María enjugándose las últimas lágrimas, y á pesar de ello, no consigo dominarme. Desde niña he padecido estos accesos de tristeza, cuyo origen no puedo atri-

buir sino á los funestos presentimientos que de vez en cuando me asaltan. Te quiero tanto, Buondelmonti, que suelo figurarme que Dios, enojado de la especie de adoración que te tributo, no ha de coronar estos votos, y que esas hermosas flores de primavera que cultivo en mi ventana, no servirán para formar mi corona nupcial, sino más bien para adornar tú sepulcro ó el mío. No hagas tú caso de estas alucinaciones producidas sin duda por el exceso de mi felicidad, pues bien sabemos que en el fondo de la dicha más pura y completa existe una gota de amargura que nos recuerda nuestro destino.

Buondelmonti trató de alejar las nubes de tristeza que cubrían la frente de María, y después de formar ambos, durante algunas horas, proyectos de mutua felicidad, se despidió. Había salido del salón de los Amidei y se disponía á bajar la escalera, cuando oyó que María iba tras él, gritando con timidez: “¡ Buondelmonti, Buondelmonti!”

El joven volvió el rostro hacia atrás y detuvo sus pasos. María, al llegar cerca de su novio, permaneció toda confusa, sin saber qué decirle. Al cabo murmuró con voz

apenas perceptible, y fijando sus negros y húmedos ojos en el joven: “¿Me amarás siempre, siempre?”

Buondelmonti por toda respuesta estrechó á María contra su pecho y bajó la escalera, volviendo varias veces el rostro para ver á su novia. Cuando María le perdió de vista, exclamó juntando sus manos: “Gracias, Dios mío, soy feliz,” y en seguida se dirigió á su alcoba.

Entretanto Buondelmonti, fijo el pensamiento en María, avanzaba por la misma calle de los Amidei hacia el Ponte-Vechio, cuando una señora noble de la familia Donati, que se hallaba como esperándole en la puerta de su propia casa, le detuvo, diciéndole que entrara, porque tenía que hablarle de un asunto de mutuo interés para entrambos. Sorprendióse Buondelmonti, porque, si bien los Donati habían pertenecido siempre al mismo partido que él, jamás mediaron hasta allí relaciones de amistad entre uno y otros; pero, cediendo al impulso de su natural cortesanía, manifestóse dispuesto á seguir á la dama.

La señora Donati, llevando de la mano á Buondelmonti, atravesó el vestíbulo y va-

rias piezas de la casa, hasta llegar á una en que hacían labor las mujeres de su servidumbre. Trabajaba, rodeada de ellas, su hija Constanza. La señora se acercó á la joven, quitóle el velo que cubría su semblante, y dijo al ilustre güelfo con no disimulado despecho:

—Aquí está la esposa que te tenía reservada. Es güelfa, como tú; pero tú tomas una mujer de entre los enemigos de tu Iglesia y de tu sangre.

Buondelmonti permaneció inmóvil y sin hablar. Constanza Donati era una jóven de hermosura sorprendente, ¡cuán superior, ay, á la de María! Acababa de salir del baño, y la abundantísima copia de sus negros cabellos formaba un marco de ébano á la blancura deslumbradora del semblante y del cuello. Sentada en un asiento de terciopelo rojo, tenía puestos sobre un taburetillo sus piés, verdaderamente de niña por el tamaño. Lo desaliñado del traje hacía adivinar proporciones análogas á las de la estatuaria griega, y la arrogancia de los movimientos de la cabeza y hasta el aire ligeramente varonil que prestaban á Constanza sus actitudes, su voz y sus mi-